

Fran Balado

El viaje de Feijóo

El niño de aldea que nunca perdió
unas elecciones

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	11
1. EL NIETO DE DOÑA ELADIA	13
2. EL RELEVO DEL LEÓN	55
3. LA MEJOR ESCUELA, LA OPOSICIÓN	69
4. PEGÓ EN EL POSTE Y ENTRÓ	118
5. FEIJÓO, EL AUSTERO	156
6. «GALICIA, GALICIA...»	188
7. UN DIQUE CONTRA LA MAREA	231
8. LA GRAN SUCESIÓN	245
9. LA POLÍTICA EN LOS TIEMPOS DEL VIRUS	279
10. EL MÉTODO FEIJÓO	307
11. UN PASEO EN FAMILIA	343

EL NIETO DE DOÑA ELADIA

Dando pedaladas sobre una bicicleta o remando a bordo de una modesta piragua hinchable. Y siempre muy formalito. Así es como recuerdan los vecinos de Os Peares a *o* Alberto, el hijo mayor de Saturnino Núñez y Sira Feijóo, la de doña Eladia. Tan formalito que era el único de su batallón de primos y amigos que hacía caso a los adultos y cruzaba el peligroso paso del puente sobre el Sil por donde mandaban, y no como el resto, que solían aprovechar la falta de vigilancia para hacer alguna gamberrada caminando sobre las vías del tren.

Alberto Núñez Feijóo nació en esta aldea perdida a medio camino entre Ourense y Monforte de Lemos. Para entender la naturaleza de este pequeño y disperso núcleo, resulta imprescindible una breve aproximación a su intrincada geografía física y política. En Os Peares no manda un alcalde, sino cuatro distintos. Y para estimar el número de vecinos que pueda haber censados, hay que consultar cuatro archivos municipales diferentes y hacer una suma.

Esta particularidad se explica con la división establecida por los tres ríos que juegan a entrecruzarse a su paso por el pueblo: el Miño, el más importante de Galicia; el Sil, su principal afluente,

que, como dice el refrán, aporta el agua pero se queda sin la fama, y el más modesto Búbal, que además de ofrecer refresco en los calurosos veranos, también contribuye a dibujar imposibles fronteras municipales y provinciales. De este modo, los habitantes de Os Peares se reparten entre los *concellos* de A Peroxa y Nogueira de Ramuín, ambos en la provincia de Ourense, y Carballedo y Ferreira de Pantón, en la provincia de Lugo, todo un enredo administrativo que condiciona el día a día de la localidad. Y como en cualquier parte de Galicia, existe cierta rivalidad entre los vecinos de todas las orillas, que siempre consideran la suya la más bonita y agraciada. Pero aquí la necesidad manda y los servicios escasean, cada vez más, por lo que para muchas cosas toca hacer piña y cruzar puentes.

Os Peares vivió su esplendor entre los años cincuenta y sesenta de la mano del crecimiento de las empresas energéticas. Parece increíble que, en este disperso núcleo en serio riesgo de despoblación, en su día coincidieran cinco autobuses escolares, seis carnicerías, una relojería e incluso un sastre que confeccionaba ropa a medida. Hasta un cine en el que los vecinos se agolpaban por las noches. Todo un lujo para una localidad tan pequeña. Calculan que por entonces había unas dos mil y pico familias trabajando. Un ejército de obreros se desplazó a este enclave de la Ribeira Sacra, tierra de vino, para participar en la construcción de los embalses, motivando que muchos vecinos habilitasen alguna dependencia de sus viviendas para sacarse un dinerito extra, siempre tan bienvenido, al ofrecer alojamiento a los trabajadores foráneos. Los más veteranos del lugar recuerdan que cualquier galponcillo a tres kilómetros a la redonda estaba ocupado por la elevadísima demanda de la construcción, y que incluso algunos vecinos renunciaron a parte de su espacio vital para sacarse un sobresueldo compartiendo techo con obreros del embalse.

Fue lo que le sucedió a doña Eladia, la abuela materna de Feijóo, que con el aluvión de trabajadores llegados de fuera pasó a disponer de la mitad del espacio en la vivienda por la que todos los meses pagaba el alquiler religiosamente. Podría decirse que la demanda, disparada, encareció el suelo, y si esto propició un beneficio para los propietarios, también supuso un perjuicio para las familias que vivían arrendadas hasta la fecha. Así, los Feijóo pasaron a disponer de la mitad de superficie. Y no se trataba precisamente de una familia poco numerosa.

Si la familia salió adelante en los tiempos más difíciles fue gracias al encomiable esfuerzo de doña Eladia, que se desvivía en su pequeño comercio, ubicado en la parte de Os Peares perteneciente a Nogueira de Ramuín, pero a la que acudían no solo los vecinos de los otros tres *concellos* colindantes, sino también de otros puntos de la comarca. «*O Corte Inglés pequeno*», como le llamaban en la zona, funcionaba a modo de ultramarinos, y lo mismo vendían tabaco que unas zapatillas de andar por casa, enseres de aseo o pienso para cerdos, artículos de papelería para la escuela o alguna pequeña herramienta. Y si algún vecino se quedaba sin cualquier alimento, siempre existía la posibilidad de probar suerte acudiendo a doña Eladia. «De ocho a diez kilómetros a la redonda bajaban aquí a comprar de todo», recuerda Alfonso Feijóo, hijo de doña Eladia y tío del presidente de la Xunta.

Una de las partes del bajo de la casa servía de almacén. Con la llegada del otoño se llenaba de castañas, que, junto al vino, es uno de los productos más afamados de la zona, y desde ahí se distribuían a los mayoristas, que llegaban con sus camiones para cargarlas y repartirlas por toda España. En tiempos de posguerra ese espacio sirvió también de cobijo para que los campesinos pudieran guardar parte de su grano sin que se lo requisara el régimen. En una pequeña edificación anexa, también al pie de la carretera

hacia Ourense, se horneaban las tradicionales empanadas gallegas y piezas de pan.

El padre de Feijóo, Saturnino, cuya familia era oriunda de Vilardevós, vivía en Ourense capital cuando se enteró de que en Os Peares estaban reclutando brazos para trabajar en el embalse. Empezó como listero, una especie de administrativo que regulaba las contrataciones, y acabó siendo uno de los afortunados que pasó a formar parte de la plantilla de manera más o menos fija. En Os Peares conoció a Sira, la sexta de los ocho hijos de doña Eladia, y madre del presidente de la Xunta.

Sira se empleaba a fondo atendiendo el ultramarinos familiar, una tarea que cada vez le ocupaba más horas en su propósito de liberar algo a su madre. En realidad, los que conocieron a doña Eladia aseguran que esta no descansaba ni cuando dormía. Trabajaba mucho y tenía también mucho carácter, probablemente forjado tras haber enviudado a los cincuenta y dos años y con ocho hijos a su cargo.

Y aunque siempre de forma puntual, ya que sus padres tuvieron muy claro desde el principio que el futuro de Alberto estaba en los estudios, el presidente de la Xunta también se esforzaba detrás del mostrador.

Mientras Saturnino se pasaba los días trabajando en el embalse, a Sira, como a su madre, nunca le faltaba trabajo, ya que los escasos ratos que podía desatender el pequeño ultramarinos había que dedicarlos al mantenimiento de la casa. La exigencia horaria de un comercio que permanecía abierto de sol a sol provocó que, como quien dice, doña Eladia se encargase de criar al futuro presidente del Gobierno gallego durante sus primeros años. «Si le mandaran elegir entre los brazos de Eladia y los brazos de Sira, pondrían al pequeño Alberto en un gran aprieto», apunta un familiar, con la intención de subrayar el afecto que lo unía con su abuela. «Es que

lo crio ella», afirma. El cariño era recíproco. Tenía una veintena de nietos, pero «su predilección era *o Alberto*», sostiene.

Feijóo de niño era lo que en Galicia se conoce como «*guia-diño*», que, aunque con matices, podría equivaler a alguien muy obediente y responsable. «Era un buenazo. La que no era tan buena era la hermana, la Micaela», sostiene un familiar.

Cuatro de los hijos de doña Eladía se casaron en menos de un año. «Del 12 de septiembre de 1959 al 12 de septiembre de 1960 hubo cuatro bodas», recuerda el tío Alfonso. La de Saturnino y Sira fue la última, y a diferencia de algunos de sus hermanos, que aprovecharon el enlace para volar del nido, Sira se quedó a vivir en la casa familiar, colaborando en el negocio de la planta baja. También le resultaba muy cómoda la ubicación a su marido, Saturnino, que trabajaba a apenas un par de kilómetros en los embalses de la zona. Primero en el de San Esteban y después en el de San Pedro. Al año del enlace tuvieron al hijo mayor, Alberto, que nació en el sanatorio Peña Rey de Ourense.

El pequeño Alberto acudía a diario a la escuela de San Pedro. «Los días con más suerte era el padre el que lo llevaba en una vieja Derby, pero la mayor parte de las veces iba a la escuela del poblado de San Pedro en bicicleta», recuerda otro familiar. Era un trayecto de casi tres kilómetros por una pista de tierra, ahora asfaltada, y que concluía pasando sobre el puente del embalse de San Pedro, donde trabajó su padre durante años. ¿Y si llovía? Pues en una mano el manillar y en la otra el paraguas. Hacía como mínimo unos doce kilómetros diarios. Tres de ida por la mañana y otros tantos de vuelta para regresar a comer en casa. Y lo mismo por la tarde. «Le apasionaba la bicicleta», recuerda una de sus primas, que cincuenta años después todavía tiene grabados los enfados que se agarraba el pequeño Alberto cuando iban a visitarlo a Os Peares, porque como

ella no tenía bici, los padres de Feijóo no le dejaban sacarla de casa, para que los primos jugaran juntos. Tuvo tres bicis distintas hasta que por fin logró comprarse una de carreras.

Rumbo a León

Sus padres estaban obsesionados por darle la mejor educación a su hijo, aunque eso supusiera separarse durante un tiempo de él. Acuden a un hermano marista de doña Eladia para preguntarle por el mejor centro de toda España. Y el hermano Alfonso, sin dudarle ni un solo momento, responde que el mejor está en León, el colegio Champagnat, que debe su nombre al monje francés fundador de esta orden. El problema, advierte el tío abuelo del pequeño Alberto, es que en ese centro las pruebas de selección son complicadísimas. Saturnino y Sira estaban dispuestos a que su hijo lo intentase. Siempre confiaron en sus capacidades, por lo que a principios de julio lo suben en el coche y ponen rumbo a León para ver qué tal se le dan las pruebas. Feijóo se somete a los nueve años a varios test psicotécnicos, a una entrevista personal y a varios exámenes de conocimientos. A las pocas semanas, ya de vuelta en Os Peares, en casa de los Feijóo reciben la noticia de que su hijo ha sido admitido. El niño abandona el pueblo en 1971. Exactamente el 10 de septiembre, una fecha grabada en él a fuego, porque justo era el día que cumplía diez años. Sus padres le acompañan a la estación y lo suben a un tren con una maleta.

Hubo debate y no faltaron dudas sobre si lo que estaban haciendo era lo más apropiado; sobre todo su madre, Sira, tenía más reservas, pero el tiempo pareció darle la razón a ese hermano religioso de doña Eladia. Además de conocer un mundo nuevo, al pequeño le sirvió la experiencia para aprender a hincar los

codos. Es decir, en León, bajo la supervisión de los maristas, adquirió un sacrificado método de estudio que le serviría para acabar el bachillerato, la carrera, sacar la oposición y adquirir conocimientos para convertirse en la mano derecha de Romay Beccaría. Incluso a día de hoy todos sus colaboradores señalan que Feijóo nunca ha dejado de estudiar. Que basta con acercarse al coche oficial para comprobar que está repleto de apuntes, de anotaciones, de rotuladores de colores y de papelitos amarillos con anotaciones, como el despacho de cualquier opositor. En época de exámenes, para ahuyentarse de todas las distracciones que podía ofrecer la capital gallega en forma de amigos, bares y cualquier otra posibilidad de alterne, Feijóo hacía una mochila con algo de ropa y los apuntes de la facultad para encerrarse a estudiar en Os Peares.

Los maristas de León tenían una disciplina casi espartana. Todos los días de la semana, a las 07.30 en pie. Y los alumnos, que en realidad no eran más que niños de diez a trece años, eran casi autónomos. Es decir, los domingos recibían las tareas que tenían para esa semana, y ellos mismos se encargaban de la limpieza de las habitaciones, de las aulas, de los baños y del patio. También hacían de pinches de cocina, colaborando con un matrimonio gallego, los únicos adultos seculares que trabajaban en el centro. Otra semana podía tocar la limpieza de las cocinas y de las vajillas de todos los alumnos y profesores. Y por supuesto, hacer la cama todos los días. Daba igual que fuese lunes o domingo, que los siete días de la semana había varias horas dedicadas al estudio. Además de incrementar la capacidad de esfuerzo, los maristas querían inculcar también la creencia en los chavales de que hay tiempo para todo. Y esto último le sería de gran ayuda a Feijóo en el futuro. Especialmente para los años universitarios: se puede ir a clase, estudiar y salir como el que más. La cosa es organizarse.

El régimen interno era inquebrantable. Y aunque los padres de algún chaval se acercasen a León a ver a su hijo, como hicieron algún fin de semana Saturnino y Sira, el niño no se libraba de las horas de estudio y estaba obligado a dormir en el centro. Podía salir a dar un paseo con sus padres, pero a la hora de la cena había que estar en el internado.

Además de esta disciplina casi militar, el nivel académico era muy exigente en el día a día. Cada trimestre los alumnos eran evaluados, y muchos de ellos no regresaron nunca al centro por no superar el corte. Alberto estuvo en una ocasión muy cerca de ser expulsado, no por las notas, sino por pelearse en los baños del centro con otro alumno, que también era gallego. El presidente no logra recordar el motivo de la pelea, que circunscribe a cosas de la edad.

Sí rememora su estancia en el internado de León con un gran cariño. En ocasiones, cuando la apretada agenda se lo permite, se acerca a visitar las instalaciones del Colegio Marista Champagnat, ubicado en el mismo barrio de San Mamés, pocos metros al norte del famoso Húmedo. Así lo confirma alguno de los maestros que tuvo en la infancia. Feijóo estuvo interno en este centro tres cursos completos: desde el 72-73 hasta el 74-75.

El hermano Alberto Fuentes, uno de sus maestros, recordaba para el *Diario de León* en el 2009, tan solo un par de meses después de que Feijóo fuese investido presidente de la Xunta por primera vez, que Alberto era un niño «muy tranquilo y, sobre todo, muy equilibrado, inteligente y trabajador. Sus padres tenían que ser buena gente. Siempre estaba sonriendo», afirmaba. Feijóo se pasaba en León todo el curso escolar, y viajaba a casa, la mayor parte de las ocasiones en tren, para disfrutar de las vacaciones de Navidad, Semana Santa y verano. Las fiestas navideñas transcurrían en Os Peares. También la mayor parte del verano, aunque siempre reservaba un par de semanas para ir a A Coruña a visitar a sus primos.

Dos de los hermanos de su madre se habían instalado en la ciudad herculina. Y es en ese contexto cuando conoce a Carlitos, Carlos Negreira, uno de los amigos de sus primos, y que años más tarde acabaría convirtiéndose en el alcalde de dicha ciudad.

Feijóo se instalaba en casa de su primo Juan Jácome, en la céntrica calle de Juan Flórez. «Salíamos por ahí a gastar suela de zapato», dice Negreira. Por aquella época, para un niño de quince años no había mucho más que hacer que «caminar, dar vueltas por la ciudad comiendo pipas o jugar al trompo y a las canicas». Llegó la pubertad, y poco a poco la peonza fue perdiendo interés en favor de las chicas.

En esa pista de tierra de Os Peares que tantas y tantas veces recorrió para ir al colegio, el presidente de la Xunta sufrió uno de sus peores momentos de la infancia. «Había venido con una amiga de Ourense a dar un paseo en las bicicletas por el pueblo. La niña perdió el equilibrio y se fue al suelo con la mala fortuna de que la cabeza golpeó contra una piedra», recuerda el tío Alfonso. Feijóo todavía tiene grabada aquella imagen de su amiga caída en el suelo. En una bajada en el camino que hacía a diario para ir a la escuela, el pequeño Alberto se había adelantado para ganar velocidad. Y al llegar, miró hacia atrás y comprobó que su amiga no acababa de llegar, por lo que dio media vuelta para ver qué había pasado, y allí se la encontró en el suelo. «Tendría unos catorce o quince años. Es una lesión que hoy en día se considera muy grave, pues a mediados de los setenta podría decirse que fue casi un milagro que lograrse salvar la vida», dice el tío Alfonso. El susto no se lo quitó nadie.

Vuelta a Galicia

Y si decíamos que Os Peares vivió su esplendor con la implantación de las energéticas y sus primeros años de funcionamiento,

empezó su declive coincidiendo con la mecanización del trabajo. Hoy en día Iberdrola tiene trabajando en la zona solo a dos operarios, que desempeñan la mayor parte de su jornada desde casa. «Ahora todo está mecanizado y deslocalizado en Velle o en Madrid», recuerda uno de los extrabajadores del embalse, jubilado desde hace años. Los vecinos fueron abandonando Os Peares ante la falta de trabajo e instalándose en otros lugares, principalmente en Ourense, que está a unos veinte minutos en coche. La familia Feijóo formó parte de este éxodo rural con una mudanza al barrio de As Lagoas, donde gracias a mucho esfuerzo y a unos pequeños ahorros dieron la entrada para un piso a través de una cooperativa en la que participaron también otros vecinos del pueblo. Saturnino se quedaba en el pueblo, porque le resultaba mucho más cómodo para su trabajo, y Sira, Alberto y Micaela se pasaban de lunes a viernes en la ciudad, pero todos los fines de semana regresaban al pueblo para ver a su padre y a su abuela Eladia. Allí podía disfrutar de la bicicleta y de otra de sus grandes pasiones: la pesca. Cogía muchas truchas, aunque el presidente de la Xunta se quita mérito, porque cualquier vecino de Os Peares conocía a la perfección cuál era el mejor momento para acudir al río con la caña. Todo dependía de si abría o cerraba el embalse. Casi casi como pescar en una piscina.

Al acabar los estudios de León, Feijóo tenía la posibilidad de continuar la formación en un internado de los maristas en la localidad pontevedresa de Tui, porque el centro leonés no ofrecía cursar el bachillerato. Pero Sira se planta y dice que ya está bien, que quiere disfrutar de su hijo, por lo que el primer curso del bachillerato lo completa en el colegio de los maristas de Ourense, que no tenía internado. Uno de los familiares recuerda que tuvo «un enganchón» con un profesor a consecuencia de una nota en

matemáticas. Llegó a casa muy cabreado diciéndoles a sus padres que quería cambiarse de centro. Y sus padres se lo tomaron como un berrinche propio de cualquier niño, por lo que no le hicieron mucho caso. Pero el enfado era tal que Alberto recurrió a doña Eladia, que además de su abuela era también su cómplice, y le pidió a ella el cambio de colegio. Doña Eladia, convencida tras escuchar todo el razonamiento de su nieto favorito, solicitó la apertura de una nueva matrícula en el Instituto Blanco Amor de Ourense, y lo hizo a espaldas de todo el mundo, por lo que durante ese curso estuvo matriculado en dos centros. Cuando Saturnino y Sira se enteraron se armó una gran bronca en la que doña Eladia intentó asumir toda la responsabilidad. La complicidad entre abuela y nieto llegó a tal punto que una vez falleció doña Eladia, Feijóo se quedó con el viejo cabecero de su cama, que se llevaría con él a todas partes. Primero a Santiago, después a Madrid, de nuevo de vuelta a Galicia. «Que no le hablan de poner otro cabecero», recuerda un familiar.

Feijóo era un alumno de buenas notas, pero sin ser el más brillante de la clase. Una vez que concluye COU, que en el plan de estudios del momento se entendía como la previa a la universidad (de ahí las siglas, Curso de Orientación Universitaria), él y un buen amigo se retiran una semana al monasterio de Samos para meditar sobre su futuro. No se trataba de una meditación religiosa, sino de airear la cabeza. Y Samos es un remanso de paz. En principio, a Feijóo le atraía formarse para ser profesor. ¿Historia? Allí coinciden con varios seminaristas. Uno de ellos está encerrado preparando las oposiciones. Y tras la comida (solo estaba permitido charlar después de comer), entablan conversación, y les recomiendan que estudien Derecho, que tiene muchas más salidas, y no está tan enfocado a la enseñanza como Historia o Filosofía, lo que se planteaba hacer el amigo de Feijóo. Parece que los convence, ya

que a los pocos días ambos acabarían matriculados en Derecho. Curiosamente, el destino quiso que Feijóo se volviera a encontrar con ese seminarista anónimo más adelante, ya que en realidad se trataba de José Fernández Lago, que en la actualidad es el deán de la catedral de Santiago.

Feijóo no tenía ningún antepasado que hubiese hecho Derecho. En realidad casi no tenía ascendientes que contasen con formación universitaria, pero parece que aquella charla con el seminarista le abrió los ojos.

El escritor Ramón Otero Pedrayo se refirió a Santiago de Compostela como la «aldea más grande de Galicia», y lo cierto es que también podría considerarse a su vez como una de las ciudades más pequeñas del mundo. La capital gallega conserva gran parte de esa esencia de la primera mitad del siglo XX, con las placeras acudiendo a diario al mercado de Abastos cargadas con un gran cesto de verduras y hortalizas sobre sus cabezas, y a su llegada a la ciudad se cruzan con algunos universitarios a los que se les alargó la noche de copas del jueves hasta la salida del sol.

Santiago cuenta con servicios e instituciones a la altura de cualquier gran urbe: una programación cultural variada y de calidad, el hospital central de Galicia, la catedral, por supuesto, la sede del Parlamento autonómico y del Gobierno gallego... Y, a su vez, tiene un tamaño tan manejable que provoca que a tan solo cinco minutos a pie de la tumba del apóstol se encuentre un remanso de paz a orillas del río Sarela.

En Santiago, como le llaman los locales, y no Compostela, nombre reservado para forasteros o hijos adoptivos, abundan los funcionarios, pero sobre todo destacan los estudiantes. En la actualidad son más de 25.000 los que se matriculan cada curso académico, una cifra que supone casi una cuarta parte de los poco menos de 100.000 habitantes que hay censados en la capital gallega. Pero

en la época en la que el presidente de la Xunta llegó a la capital de Galicia para cursar la carrera de Derecho, la proporción de estudiantes era todavía mucho mayor, ya que entonces aún no había las otras dos universidades gallegas. Se calcula que alrededor de uno de cada tres habitantes era estudiante. Junto con Salamanca, Santiago es, y sobre todo era, la ciudad universitaria por excelencia. Aunque en Madrid, Barcelona u otras grandes urbes el número de alumnos es mayor, estos se quedan muy diluidos entre el resto de la población.

Feijóo pasa el primer año en la residencia de los maristas, ubicada en Vista Alegre, uno de los barrios con más solera de la capital. El director del centro era un hermano de su abuela Eladia, por lo que conseguir una plaza no resultó muy complicado. Desde la ventana de la habitación veía el viejo campo de fútbol de tierra de los maristas, aunque la pelota nunca le interesó demasiado. Al otro lado de la calle todavía pervive uno de los grandes templos de la gastronomía popular gallega, el Mesón do Pulpo. Sin lluvia, una amena caminata de quince o veinte minutos a la facultad.

Uno de sus compañeros de promoción ensalza dos cosas de aquel chaval de Os Peares: «Un importante punto de timidez y una gran dedicación a los libros, era muy estudioso». Sin llegar a ser de los mejores expedientes, Feijóo destacaba en la facultad por sus buenas calificaciones, un notable de media. Era imprescindible aprobar todas para renovar la beca. Solo en una ocasión suspendió una asignatura. Fue en primero. Historia del Derecho. Una de sus favoritas y de las consideradas marías. ¿Qué pasó, entonces? Él siempre ha sostenido que su examen no merecía un suspenso. Según cuentan, el profesor de aquella materia tenía fama de calificar de forma poco habitual, hasta el punto de que su apodo era Margarito, porque los alumnos de las promociones anteriores afirmaban que su corrección se basaba en soltar los exámenes al

aire y suspender a los que caían fuera de la mesa. Una excepción. Feijóo recuerda a profesores duros, pero justos, a los que está muy agradecido: Dors, Lete, Meilán Gil... A todos los recuerda con cariño y como una parte fundamental en su formación. La de Santiago de Compostela era la Facultad de Derecho número uno en España en registros, notarios y jueces, y por tanto, la más prestigiosa del país.

«Carlos Negreira también destacaba, también era muy brillante, pero este era más vividor», sostiene un compañero. Un grupo de alumnos de aquella promoción de Derecho de la USC de 1979-1984 abrió hace unos años un chat de WhatsApp en el que se fue incluyendo a todos los que lograron localizar dentro de aquella hornada. El presidente de la Xunta no está dentro, pero sí acudió a alguna cena o evento organizado por los impulsores para conmemorar aquella feliz etapa.

Carlos Negreira era famosete por ceder sus apuntes de forma altruista a todo el mundo. Seguro que en alguna ocasión llegaron a las manos del exministro de Fomento Pepiño Blanco, otro de los estudiantes de Derecho de aquella promoción, que, como apuntan, dedicaba más su tiempo a las cuestiones políticas que a los estudios.

Año 1979. España afrontaba los últimos años de la Transición. La Constitución estaba recién aprobada. ETA mataba cada tres días. Y las huelgas en el mundo obrero y universitario eran el pan nuestro de cada día. «El año 79 fue el último en el que se cerró una universidad española durante una semana. En la revista *Interviú* salió una foto de una macromanifestación en Santiago a la que acudimos en masa todos los estudiantes. La facultad había cerrado sus puertas toda una semana. Y Derecho era de los centros más contestatarios. La manifestación había coincidido con el estatuto de Galicia, toda la facultad salió en tromba a la Quintana. “O gris o de marrón, el cabrón es el cabrón”. “*Non, non, non ao estatuto*

da UCD'», recuerda uno de aquellos estudiantes. También recuerda el miedo que pasaron cuando aquella protesta salió en la revista *Interviú*, por si sus padres los reconocían desde el pueblo cuando fueran a la peluquería a cortarse el pelo, el momento favorito para consultar aquella publicación donde la portada estaba reservada a un desnudo.

Los estudiantes estaban divididos en dos turnos, el de la mañana y el de la tarde, una partición que se hacía en función del orden alfabético y obligada por la gran demanda que tenía la carrera. Solo en Derecho, ese curso se matricularon más de 1.100 estudiantes. A Feijóo le correspondía el turno de la tarde, por Núñez. Era habitual que la mayoría de los estudiantes se cambiaran para la mañana, alegando incompatibilidad horaria, cuando en realidad lo que querían era escapar de algunos cocos que había como profesores en el horario vespertino. «El profesor de Romano era tremendo», aseguran. Feijóo se quedó en el turno de tarde, por lo que su grupo era bastante reducido. Le parecían todo ventajas, sobre todo para un ave nocturna como él.

«El 23-F nos sorprendió a todos en la facultad. La secretaria, Carolina Rovira, estaba casada con Perfecto Yebra, un diputado de UCD que estaba en el Congreso aquel día. Recuerdo que entró un tipo gritando que habían matado a Landelino Lavilla. Carolina quiso tranquilizarnos desmintiéndolo. Se suspendieron las clases y la gente se fue a su casa o al colegio mayor», recuerda otro compañero.

Ave nocturna

Feijóo salía casi todas las noches a dar una vuelta. Especialmente a partir de segundo, cuando se trasladó de Vista Alegre a una pensión

en el entorno de la Plaza Roja. En los siguientes cursos se alquiló un ático con otros tres compañeros en el que se lo pasaron en grande. Todavía conserva el contacto con ellos. Uno cuenta con un despacho en Lugo, otro acabó dejando Derecho para estudiar Filosofía, y el último tuvo que abandonar la carrera por un problema de salud.

Pese a que se prodigaba mucho por la noche, Feijóo nunca fue bebedor de alcohol, y mucho menos consumidor de otro tipo de drogas. Es una persona a la que le gusta controlar hasta los más mínimos detalles, algo para lo que la bebida no es buena compañera de viaje. «Me apuesto algo a que no se fumó un porro en toda la carrera», afirma uno de sus compañeros.

Pero eso no le impedía ser uno de los habituales en las bullisiosas noches de marcha compostelana. Lunes, martes y miércoles hasta la una y media o las dos. Y jueves, viernes y sábado hasta las cuatro o cinco de la madrugada. Y como no era bebedor y era un ave nocturna, al llegar a casa estudiaba o devoraba libros hasta la salida del sol. Cuando se acercaban los exámenes se centraba más en los apuntes, pero siempre combinando el Derecho con otras lecturas. Se convirtió en esa época en uno de los mejores clientes de una librería de Barcelona en donde adquiría ejemplares de segunda mano por cien pesetas.

Santiago estaba experimentando un *boom* universitario, y de la mano un *boom* nocturno. Los funcionarios y los locales se retiraban por la tarde-noche hacia sus casas, y era el momento en el que la ciudad pasaba a ser dominio exclusivo de los estudiantes. «Se empezaba tomando unos vinos, muchas veces en taza, en la calle nueva». Era la época en la que la Facultad de Derecho pasó de la Zona Vieja al Campus Sur, por lo que la zona de vinos se dividió entre la Zona Vieja y una pujante Rúa Nova de Abaixo. Se separó a los médicos de los abogados. Por la zona se picaba algo. Unos callos. Incluso en

uno de los locales recuerdan algunos haber visto a González Laxe de fiesta cuando ya era presidente de la Xunta. Eran otros tiempos. Con el estómago lleno se pasaba a la media copa. Para ahorrar unas pesetillas, las latas de refresco daban para dos cubatas.

Feijóo solía iniciar la noche en la cafetería Milay, en plena Plaza Roja. La primera podía tomarse también en La Boheme, al lado de la histórica cafetería Gran Lucky. Otro de los sitios de referencia de la época eran La Oficina, el Johaquim, local de dos plantas que años más tarde cambió de nombre a Ruta. La apertura de un nuevo pub en Santiago de Chile supuso una revolución en la movida compostelana, por ser un local con luz en el que la gente iba más arreglada. «Tenía un divertido tobogán por el que se tiraban los borrachos. A Feijóo nunca lo vi tirándose», apunta un compañero. Acabó devorado por las llamas a consecuencia de un incendio. Era la época en la que se empezaba a bailar. Después cogían el coche y se iban a otros locales más alejados del centro, como el Clangor, donde sonaban mucho Golpes Bajos, una sala que al poco de su apertura saltó por los aires a consecuencia de un explosivo del Exército Guerrilleiro do Pobo Galego Ceibe. A veces también a la discoteca del Hotel Los Tilos, con bailes hasta el final de la noche.

Incluso algunos, solo los más fiesteros, se iban a Portonovo, localidad costera a más de 60 kilómetros, para reponer energías con una sabrosa *caldeirada* de raya y recuperar el equilibrio con la grandeza del mar.

También eran habituales las fiestas organizadas por los propios estudiantes. El 8 de diciembre, por la Inmaculada, Feijóo y su pandilla eran fijos en la fiesta que se organizaba en la residencia de las Concepcionistas, al lado de la sala Capitol, donde estaba interna su prima Eloína, estudiante de Medicina y que años más tarde acabaría siendo la gerente del hospital de Santiago.

A los veintidós años, Feijóo se licencia en Derecho. Y como le ha sucedido a tantos otros estudiantes, toca reflexionar sobre el futuro. Finalmente se decide por judicatura. Consciente de que su disciplina con los libros le permitiría apuntar a una plaza de notario o de registrador, con todo lo que conlleva económicamente, apuesta por este oficio, porque le gustaba el Derecho «en su conjunto». Mientras algunos compañeros se iban a Madrid o se quedaban en Santiago para estudiar la oposición con la ayuda de un preparador, las posibilidades económicas de la familia del presidente de la Xunta eran las que eran, por lo que una vez finalizada la beca, a él le toca regresar a casa. Y pese a que la economía familiar no andaba ya muy boyante, sus padres hacen un esfuerzo para pagar un examinador en Ourense, en el Palacio de Justicia.

El preparador fue claro: «Para sacar esta oposición hay que estudiar once horas al día, siete días a la semana, y cantar los temas lunes y jueves». Feijóo asume el reto. Pero a los cuatro meses de estudio su padre, Saturnino, se queda sin trabajo, por lo que se encienden todas las alarmas de la economía familiar y tiene que renunciar a su preparación.

Esta circunstancia marcaría para siempre al presidente gallego, afirman sus colaboradores más cercanos y sus familiares. Feijóo no ve en las cifras de paro unos números o unas gráficas, sino que en cada persona desempleada aprecia la posibilidad de un drama, porque a diferencia de la mayoría de los ministros o presidentes, lo ha sufrido en primera persona.

En ese mismo instante salen unas plazas de la Xunta, un examen mucho más sencillo y para el que no hacía falta tanta preparación. Consta de unos cuarenta temas. «Sacaban unas bolas con los temas, había que cantar, el tribunal era exigente... No era ningún caramelo», afirma Negreira. «Constaba también de otro examen tipo test y de un caso práctico».

La noche de fin de año de 1984 Feijóo y Carlos Negreira coinciden de copas y comentan que salieron esas oposiciones en Hacienda.

—No me voy a presentar —afirma uno.

—Yo tampoco —asegura el otro.

Tres meses después, los dos coinciden en el examen. Feijóo se había encerrado en su refugio de Os Peares. El padre, Saturnino, contaba que «se marchaba al trastero por la mañana, y si no lo llamabas para comer, no bajaba». La primera parte de la prueba era oral. Solventada sin ningún problema gracias a los cuatro meses durante los que había cantado dos días a la semana a su preparador. La parte escrita también la superó sin complicaciones, especialmente cuando había pasado los últimos quince días aislado en la localidad pontevedresa de A Guarda para no distraerse con nada.

Carlos Negreira, que había empezado a estudiar notaría, sufrió algo similar, y es que su padre también se había quedado desempleado, por lo que en su familia no podían permitirse mantener a su hijo para que preparase una oposición larga. Feijóo logró la segunda mejor calificación. La mejor nota de todos los que se presentaron a aquella oposición fue para Carlos Negreira. El coruñés recuerda que «fue una fortuna para los gallegos que no aprobase José Ramón Gayoso, porque sino no hubiera existido nunca el *Luar*», un exitoso programa de televisión de actuaciones que emite la TVG. «De la Facultad de Derecho entramos nueve». Es la primera vez de muchas que el nombre de Alberto Núñez Feijóo aparece publicado en *La Voz de Galicia*. El 20 de mayo de 1985 entran a trabajar los dos en la Xunta. De vuelta a Santiago.

La entrada, por Agricultura

Una vez aprobada esa plaza, su idea inicial es compaginar su nuevo empleo en la Consellería de Facenda con la oposición a judicaturas, pero el horario de los funcionarios de entonces era partido, una circunstancia que le imposibilita retomar los estudios. Y al mismo tiempo su función en la administración pública comienza a gustarle cada vez más. En esos momentos no había ni un solo licenciado en Derecho en toda la Consellería de Facenda. Feijóo se vuelca en el trabajo. Se trata de una etapa que también recuerda con gran cariño y en la que considera que aprendió mucho, porque llegaba a sus manos, al departamento jurídico, de todo.

Negreira rememora que los interinos estaban sometidos «a mucha incertidumbre», y que hacían «reuniones semiclandestinas» para estabilizar su futuro profesional. Corría el año 1987. Mariano Rajoy acababa de ser nombrado vicepresidente de la Xunta de Galicia con poco más de treinta años. Y los interinos, con Feijóo y Negreira como sus portavoces, exigen una reunión para regularizar su puesto de trabajo. «Las otras comunidades autónomas habían aprobado una ley de función pública, con lo cual examinaban a los interinos y, si aprobaban, pues ya se quedaban de funcionarios. La verdad es que tenían razón, pero para mí en aquella época, pensar en hacer una ley de función pública, que ya andábamos con los líos en el Gobierno, era bastante complicado», recuerda el expresidente Rajoy. «Yo no creo que Alberto formara parte de un sindicato, en cualquier caso, los dos señores que pidieron verme eran dos ilustrados y muy correctos, y no me amenazaron con nada. Por tanto, puedo decir que la primera impresión fue buena. Alberto debía de tener veintiséis años. Estaba defendiendo su vida, fue a plantear eso y, la verdad, me causaron buena impresión, gente correcta, educada». El caso es que Rajoy hizo de Rajoy, y Feijóo

todavía recuerda que acudieron a él para pedirle una cosa y en las negociaciones no solo no consiguieron ese encargo, sino que acabaron con uno relativo a la Consellería.

Negreira recuerda que el por entonces vicepresidente de la Xunta acudió a la reunión y dijo: «Dejaos de *caralladas*, por favor». El departamento jurídico de Hacienda se convierte en un equipo tan eficaz que al final acababan cayendo en sus manos trabajos de otros departamentos. «Trabajamos como leones y cobrábamos 64.000 pesetas», lamenta Negreira. «Éramos nivel once, el más bajo del grupo A». El presupuesto de la Consellería estaba muy limitado, y alguno de sus trabajadores todavía recuerda que había un solo teléfono protegido con un candado para que no se pudiera marcar el número con la rueda y hacer llamadas innecesarias, aunque todos conocían un truco con el colgador que sonaba a código morse, para poder marcar y llamar a casa o a la pareja.

Es por esa época cuando llega a Santiago la hermana pequeña de Feijóo, Micaela Núñez, que acude para estudiar Graduado Social. Cuentan algunos de los que estuvieron dentro de esa casa en el Ensanche compostelano que tenían todo «muy organizadito» y que ambos hermanos convivían muy bien repartiéndose las tareas. La cocina era cosa de Micaela.

Unos años más tarde Feijóo se acabaría comprando un pequeño apartamento en O Milladoiro, en Ames, un ayuntamiento pegado a Santiago en el que la vivienda era más asequible que en la capital gallega. A otra escala, podría equivaler al Getafe de Madrid.

Año 1990. Feijóo conoce a Romay Beccaría, su gran padrino político y una de las personas más influyentes a lo largo de su carrera. José Manuel Romay Beccaría no solo era el *conselleiro* de Agricultura, Ganadería y Política Forestal, sino una de las personas más influyentes sobre el presidente Fraga y que lo había sido casi todo

ya en política. Fraga empieza a preparar las elecciones municipales de 1991, y decide que Romay debe prescindir de su secretario general, Joaquín García Díez, que debería volver a Lugo. Iba a ser el candidato a alcalde en esa ciudad y no había tiempo que perder. Y eso en lenguaje de Fraga significaba que de inmediato, y que ya se encontraría un sustituto en la administración autonómica. «Y así fue. Fraga decidía. Perdí un excelente trabajador, pero a la vez surge una vacante en la secretaría general de la Consellería», recuerda Romay. «Pedí opinión y sugerencias a compañeros y amigos del partido que conocían en profundidad la política y la administración gallegas. Hubo un compañero de partido, Fernando Amarelo, que me dijo: “Tienes un candidato excelente con Alberto Núñez, lo mejor que tenemos en la administración gallega”. Yo no lo conocía. Pedí opinión, y otras personas me confirmaron que sería una excelente elección. Pues lo llamé, y le ofrecí la secretaría general», recuerda Romay.

Feijóo no acepta la oferta. En primer lugar, porque le gustaba lo que estaba haciendo en Hacienda. En segundo lugar, porque no conoce de nada a Romay. Y en tercer lugar, porque aceptar ese cargo equivaldría a significarse políticamente con un partido, y Feijóo no se veía en esa tesitura.

Le dice que no. Amarelo de Castro, responsable de Feijóo en Hacienda, se lleva un buen disgusto cuando se entera de que la persona que había recomendado a uno de los grandes jerifaltes de la Xunta había respondido con calabazas. Le propone marcharse quince días a Argentina y Uruguay a ordenar jurídicamente algunas cuestiones de los hijos de la emigración. Ya se sabe, Buenos Aires como quinta provincia gallega. Después de dos semanas de un intenso trabajo, Feijóo regresa a Galicia tras hacer una pequeña escala en Madrid. Y llega a su piso de O Milladoiro al final del día. Tras dejar el equipaje, baja a la cafetería más cercana a su casa, a la

que acostumbra a ir en aquella etapa, y abre el periódico del bar. Todavía recuerda el titular de aquella página de *La Voz de Galicia*: «El PSOE interpela a Romay por mantener la plaza de secretario general vacante».

Al día siguiente, Feijóo, que tiene que despachar con Amarello de Castro para ponerlo al día tras su viaje a Río de la Plata, le dice: «Si todavía sigue en pie esa oferta, estoy dispuesto». Romay lo llama al día siguiente.

«El perfil de Alberto era el de un funcionario de primera categoría. Trabajaba muy bien en Hacienda, pero estábamos hablando de una oportunidad especial para él. La Consellería de Agricultura era la niña bonita del presidente Fraga. Y había muchas cosas que con un presidente, digamos normal, no se podían hacer, pero que con el presidente Fraga sí se podían. Feijóo no dijo un sí inmediato, pero tampoco un no. Seguí insistiendo y afortunadamente revisó sus intenciones iniciales», recuerda Romay.

Feijóo se centra en cuestiones jurídicas, pero se va empapando de aspectos esenciales de la lucha contra el fuego en los montes. Romay también recuerda esa etapa con un gran cariño. «El que me ayudó más en la política contra los incendios fue el alcalde de Cerdido, Bernardino Breijo». En Cerdido había fama de que casi no había incendios. Defendía algo revolucionario para la época: «Lo primero para que no ardan los montes es que estén limpios», recuerda el consejo de ese alcalde, que en realidad equivale a invertir tiempo y dinero en la limpieza para mantenerlos aseados durante todo el año. «En segundo lugar, hay que llegar a los fuegos pronto. Tener caminos dentro de los montes para que puedan llegar con tractores o con motobombas. Los medios de entonces no eran los de ahora», afirma Romay. «En Madrid, entonces, los incendios en Galicia les importaban poco menos que un pimiento». El alcalde de Cerdido tenía a cuatro o cinco chavales que hacían de

vigías con unos prismáticos en los puntos más elevados del municipio. «Por aquella época no todo el mundo tenía teléfono en sus casas, y menos en algunas zonas del rural, por lo que en caso de detectar un humo bajaban con una bicicleta a la parroquia para avisar dónde se había localizado». «Otra cuestión fundamental es que en Cerdido todos los vecinos tenían conciencia del monte. Era un municipio muy rico en materia forestal. El monte era una importante fuente de ingresos».

Ese esquema de Cerdido es trasladado a toda Galicia. «El número de incendios y de hectáreas quemadas se redujo de manera muy importante y así quedó constituido el modelo gallego de lucha contra el fuego».

Romay insiste en que la Consellería de Agricultura no era una cualquiera dentro de la administración autonómica. «Era una apuesta personal de Fraga, la niña bonita. Se notaba en los medios y en el personal». Feijóo se hace cargo de la parte jurídica y administrativa como secretario general técnico. «Hace una operación impecable con la formalización de todos los contratos. Me di cuenta de inmediato de que tenía un muchacho que destacaba sobre el resto. Y mi equipo era un equipo muy bueno, pero él destacaba. Y mucho».

Cambio en Sanidade

A Romay le dio mucha pena abandonar la Consellería de Agricultura y Montes, pero Fraga abrió una crisis de Gobierno que acabó con el de Betanzos en Sanidade, un área que conocía en profundidad tras haber sido secretario general de Sanidad durante el franquismo. «Fraga tiene un problema y me mete a mí en ese lío», recuerda. ¿Fraga pedía las cosas o las ordenaba? Ro-